

ANTIPSIQUIATRIA Y ANTIPSIKOANALISIS

Estar de moda tiene sus ventajas y sus inconvenientes. El candelero fácilmente se convierte en picota, y la misma tribuna pública que sirve para el homenaje puede llegar a hacer las veces de patíbulo. Esto es lo que les está sucediendo a las ciencias psicológicas que, gozando como gozan de un inusitado aprecio y de una confortadora demanda, han atraído demasiado la mirada hacia sí mismas. Y la mirada persistente va haciéndose poco a poco crítica, descubriendo arrugas tras el maquillaje.

En este contexto de atención, que conlleva experimentación y estudio, se explica el surgimiento de los "anti": una anti-psiquiatría, un anti-psicoanálisis y —no ha de tardar, ciertamente— una antipsicología. Oposiciones que no van dirigidas tanto a la ciencia en sí misma, cuanto a sus condicionamientos ideológicos. No se trata de luchar contra la psiquiatría en cuanto ciencia de la enfermedad psíquica; se lucha contra una concepción de enfermedad psíquica demasiado condicionada por una ideología y por un tipo de sociedad; se trata no de destruir la ciencia, sino de purificarla de un entreguismo más o menos inconsciente que de hecho subordina la verdad a los intereses de los poderes establecidos. Es bien significativo que las ciencias psicológicas de origen americano hayan considerado como criterio e ideal de salud mental el "ajuste" (que no la adaptación, término mucho más ambicioso y complejo, aunque a veces se hayan empleado como sinónimos), convertido finalmente en una acomodación conformista a la sociedad establecida. Contra este deplorable planteamiento surgen, con todo el vigor de una ciencia cada vez más madura y, por tanto, más segura de sí misma, las críticas más radicales desde los sitios más diversos.

¿Qué es la antipsiquiatría? Es un movimiento que, consciente de la historicidad de toda ciencia, afirma que las definiciones de salud y enfermedad mental comportan un juicio de valor y, por tanto, implican una ideología. "En lo que respecta a muchas formas psiquiátricas —dice Berlinguer en su apasionante librito *Psiquiatría y poder*—, la definición es más social que objetivamente científica, es decir que se postula en términos de incompatibilidad con el modo de vida común". Quiere esto decir que la enfermedad mental constituye en muchos casos un expediente último y precioso para eliminar del juego social a quienes en su modo de vivir se oponen al sistema establecido o no quieren entrar en sus categorías. "Es un loco". "Le patina". Y ni siquiera se pretenderá entrar con él en razones o en lucha; sencillamente, se le recluye en un hospital psiquiátrico. Como en *La naranja mecánica* de S. Kubrich, la clínica sustituye a la prisión y se entrega al paciente, criminal por su desacuerdo con la sociedad, en manos de los expertos del cerebro, los reflejos y las fuerzas instintivas, convertidos ahora en guardianes del poder establecido.

Que esto es así lo ha probado sobradamente lo sucedido ya hace un tiempo en el hospital psiquiátrico de Gorizia, donde el personal médico, encabezado por el Dr. Basaglia (autor de *El enfermo artificial*, terrible alegato contra esta situación), se negó a cumplir con su papel carcelario. La sola noticia de que se iba a dejar en libertad a "los locos" provocó pánico en la población y se llegó hasta un enfrentamiento con la policía. Con pocas variables esta situación se ha reproducido en diversos lugares que han pretendido tratar a los enfermos como simples seres humanos, cuyos achaques no les impide ser personas. ¿Tendrá entonces razón Szasz cuando afirma que la enfermedad mental es sencillamente una conducta divergente, o E. Corri cuando dice que la locura es "un comportamiento normal en relación con situaciones anormales"? En cualquier caso, de lo que no cabe ninguna duda es de que la enfermedad mental no es sólo un juicio de valor negativo, condicionado por la sociedad que lo emite, sino que a menudo se convierte en un juicio represivo. G. Jervis ha podido escribir que "se está volviendo a descubrir en estos años que los locos de los manicomios no han llegado a serlo por culpa de la evolución de un proceso patológico, sino más bien porque los hospitales psiquiátricos tradicionales son fábricas de enfermos".

La antipsiquiatría se pregunta abiertamente la razón de todo este estado de cosas. ¿Qué intereses se ocultan tras esas formas sutiles de represión? ¿Qué lagunas se tratan de llenar con esas categorías? ¿Qué defectos se pretenden ocultar con esos tratamientos psiquiátricos? He aquí la pregunta de fondo que anima al movimiento de antipsiquiatría. Una pregunta consciente y voluntariamente política. Porque política es, sin duda alguna, la opción inconsciente de la psiquiatría actualmente en uso. Una opción por el sistema establecido, por los valores del individualismo, el consumo y la competencia, lo que, para nosotros latinoamericanos y, en general, para todo el mundo de la pobreza, es algo así como una opción de la psiquiatría a favor de nuestra opresión y esclavitud sempiternas. Así, no es de extrañar —como señala Ennis en su libro *Prisoners of Psychiatry*— que sean los pobres, los negros y los ancianos quienes más frecuentemente son reclusos contra su voluntad en los centros psiquiátricos. Ni es de sorprender que, en el campo profesional de la psicología, los psicólogos se preocupen más por la selección y la acomodación del trabajador a la fábrica, oficina o comercio, que a la socialización del trabajo y al apoyo y fortalecimiento de las reivindicaciones de los marginados. Con lo que, en lugar de ayudar a la configuración de una comunidad humana, la psicología se convierte en instrumento de marginación y opresión.

"En el campo de la psicología y de la psiquiatría —escribe Berliner— existe una profunda crisis institucional y doctrinaria. El interrogante esencial es el siguiente: **¿es posible efectuar una inversión análoga a la efectuada por Marx con la crítica de la economía política?** Marx reveló en forma abierta el carácter engañoso de una ciencia que encubría las relaciones de producción capitalistas detrás de principios económicos válidos para toda la eternidad, y al mismo tiempo sentó las bases teóricas del proceso de emancipación de los trabajadores". La antipsiquiatría quiere liberarse de los sucios intereses escondidos detrás de muchos diagnósticos, pretendidamente asépticos, de muchas terapias, pretendidamente bienintencionadas. Quiere desalienar una ciencia y una labor que, por definición, se ocupa de la alienación humana. El punto está en que quizá no sean los individuos los necesitados de tratamiento, sino la sociedad. Y el tratamiento de la sociedad se llama revolución. La antipsiquiatría quiere repetir el gesto de Pinel a escala social, al menos en lo que a ella respecta.

Algo similar está sucediendo también en el campo del psicoanálisis, con un movimiento que podríamos llamar de **antipsicoanálisis**, a pesar de contar con ciertos antecedentes en la historia del movimiento psicoanalítico (ver, por ejemplo, los documentos compilados por Hans-Peter Gente en **Marxismo, psicoanálisis y sexpol**). Es bien sabido que el psicoanálisis no sólo nació en un medio burgués, sino que se ha desarrollado y florecido como un tratamiento para ricos, efectuado por especialistas que han tenido que realizar una formación muy costosa, accesible a una minoría privilegiada. Tan es así, que hoy día el psicoanálisis constituye una base más en la que se funda el actual sistema capitalista (lo que, bien pensado, no deja de ser una curiosa paradoja). Movimientos disidentes, con tendencia francamente socialista, como lo fueron el de Adler o el de la escuela neofreudiana (Horney, Fromm, etc.) han podido ser asimilados por la sociedad establecida, a la que han prestado y prestan excelentes servicios. Con gran tino ha podido afirmar Marcuse que, en la historia psicoanalítica, el principio de realidad se ha ido convirtiendo en principio de rendimiento ("Leistungsprinzip"), que consagra, no sólo aquella represión necesaria para la convivencia social, sino incluso la represión sobrante. La función del hombre ya no sería entonces la de actuar, sino la de rendir, es decir, actuar creando mercancías, lo que acabaría por instrumentalizar todas las relaciones humanas. Y esto es de hecho lo que sucede, con la bendición y apoyo de la mayoría de los psicoanalistas.

Pero, un poco por doquier, y entre las filas de los propios analistas, empiezan a surgir voces críticas y disidentes contra este sucio "arreglito". Es el caso de un Caruso, de un Fannon o de un Castillo del Pino. Como es el caso de un buen grupo de psicoanalistas argentinos y uruguayos que, impelidos por una serie de acontecimientos recientes ocurridos en sus países, se cuestionan y cuestionan a fondo, no sólo los fundamentos teóricos de su ciencia, sino los presupuestos sociales e ideológicos de su profesión (ver: **Cuestionamos. Documentos a la ubicación actual del psicoanálisis**, compilación de Marie Langer). "Cuestionamos —dice Marie Langer— las omisiones que comete el pensamiento psicoanalítico corriente. Escotomiza el modo en que la estructura de nuestra sociedad capitalista entra, a través de la familia, como cómplice en la causación de las neurosis, y en que se introduce, a través de nuestra pertenencia de clase, en nuestra práctica clínica, invade nuestro encuadre y distorsiona nuestros criterios de curación... Cuestionamos al Freud ideológico que toma la sociedad como dada y al hombre como fundamentalmente incambiable. Cuestionamos, además, la institucionalización actual del psicoanálisis y su pacto con la clase dominante".

Antipsiquiatría y antipsicoanálisis son expresiones de una nueva conciencia social sobre el condicionamiento de las ciencias y, mucho más, sobre la enajenación del ejercicio profesional. Una conciencia dispuesta a no seguir ocultando la verdad en beneficio de unos pocos para perjuicio de las masas oprimidas. Una conciencia de que "la neurosis de un individuo es siempre, además, el síntoma de una enfermedad de la sociedad" y de que, por tanto, el problema no se soluciona en manera alguna "curando" al individuo, es decir, ajustándole a esta sociedad. Una conciencia de que la psicología se ha convertido en sirviente acritica de intereses bastardos. Una conciencia, en fin, de que toda ciencia y toda labor, por ser históricas, son políticas, y ello para bien o para mal. Es significativa, a este respecto, la afirmación de Marie Langer: "Para que nuestra ciencia sobreviva en la nueva sociedad que se avecina, y para que pueda complementar con su conocimiento psicológico lo creado en otro nivel, esta vez

no renunciaremos ni al marxismo ni al psicoanálisis". Pero bien sabe Marie Langer que, para que surja una sociedad nueva, esta nuestra ciencia quizá tenga que dejar de ser no sólo **esta** ciencia, sino dejar de ser **nuestra**.

Ignacio Martín-Baró

